



Dama de cor y zonas

MILLS BELLENDEN




VESTALES

Dama de corazones

Mills Bellenden



Bellenden, Mills

Dama de corazones. - 1a ed. - San Martín : Vestales, 2013.

E-Book.

ISBN 978-987-1405-62-6

1. Narrativa. 2. Novela. I. Título

CDD 863

© Editorial Vestales, 2013

© de esta edición: Editorial Vestales.

info@vestales.com.ar

www.vestales.com.ar

ISBN 978-987-1405-62-6

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

Para mis lectores.

Capítulo 1

Francia, 1630, Bosque de Boulogne.

Los ecos de los cascos de un caballo al galope repiqueteaban sobre el camino de París dejando tras de sí una leve estela de polvo, tierra y briznas de hierba. El animal corría desbocado, mientras todo su cuerpo transpiraba y una pequeña nube de vapor le salía de la boca. El jinete iba agazapado con las manos aferradas a las riendas de manera desesperada en un claro intento por no perder el equilibrio y caer al suelo. Cualquiera que se cruzara con él no sabría decir a simple vista si era un hombre o una mujer, porque ni la oscuridad de la noche ni lo frondoso del bosque que en ese momento cruzaba dejaban percibir más que un extraño bulto de color oscuro.

Una rama baja pasó rozándole la cabeza y la despojó del sombrero. Llevaba los cabellos recogidos con un lazo, salvo algunos rebeldes que ondeaban libres al viento. El jinete emitió un leve quejido debido tal vez a la pérdida de dicha prenda. El caballo parecía conocer el terreno que pisaba, ya que con gran habilidad dobló hacia la derecha para tomar un camino despejado de árboles que conducía hacia la entrada de una casa señorial. Cuando enfrentó la senda que conducía a la puerta principal, el jinete volvió a emitir un gruñido, esta vez más parecido a un quejido de dolor que a una maldición. El animal se detuvo antes de alzarse sobre sus patas traseras dando un fuerte relincho que quebró la quietud de la noche. El jinete cayó al suelo y gritó pidiendo auxilio. Al instante, la puerta de la casa se abrió con

violencia para dar paso al halo de luz que arrojaba una pequeña lumbre desde las manos de un hombre robusto que, al ver la escena, no vaciló en acudir en ayuda de la persona que yacía en el suelo y que trataba de incorporarse por todos los medios. La luz iluminó por un momento el rostro del misterioso jinete revelando la claridad de unos vidriosos ojos azules que escrutaban el rostro del hombre, quien le tendió la mano para ayudarlo a entrar a la casa. El relincho del caballo y la apresurada carrera del hombre al bajar la escalera a toda prisa sin duda habían alertado a todo el servicio y a una joven muchacha de cabellos castaños y ojos claros similares a los del misterioso jinete. En cuanto lo vio aparecer en la entrada corrió hacia él con el terror instalado en la mirada.

—¡Madre, estás herida! —exclamó al ver la mancha de sangre que le teñía el costado derecho de la camisa—. ¡Suzette, trae agua y vendas!

—Enseguida, señorita —asintió la joven doncella de mejillas sonrosadas.

—No es nada, hija —le dijo tratando de tranquilizarla, mientras el hombre la ayudaba a despojarse de la camisa y la recostaba en el sillón.

—¿Cómo que no es nada? ¡Te han herido! —protestó la muchacha con el ceño fruncido en señal de enfado—. ¿Tú qué opinas, Brochard? —preguntó dirigiendo la mirada hacia el hombre de confianza de su madre.

—Es un corte limpio, pero poco profundo. Por suerte no parece haber dañado ningún órgano, pero hay que cerrarla —confirmó mientras se inclinaba sobre la herida y palpaba la zona cubierta de sangre—. Iré a buscar el instrumental.

—¿Qué ha pasado?

—Me estaban esperando —respondió la mujer tragando saliva y apretando los dientes para aguantar el dolor.

—¿Quién? ¿Los hombres del Cardenal? —preguntó la joven con las cejas arqueadas.

—Las patrullas que Richelieu ha organizado para apresar-me —le aclaró entre dientes cuando sintió una nueva punzada de dolor.

En ese momento, apareció Brochard con el botiquín y se dispuso a curarla. Suzette ya estaba allí con una palangana llena de agua y trozos de lino.

—Lávale la herida a tu madre —le ordenó Brochard mientras tomaba los instrumentos.

Aplicó con sumo cuidado el paño húmedo sobre la herida, pero no pudo evitar que la dama se agitara al sentirlo. Sin embargo, aguantó estoicamente el dolor.

—Podríamos darle algo de beber —sugirió la muchacha.

—Dale coñac, ayudará a mitigar los dolores —le indicó Brochard mientras tomaba hilo y aguja y la miraba expectante—. Solo será un momento, señora, pero dolerá. Intentaré ser cuidadoso.

—No hace falta que te disculpes, ni que des tantas vueltas, Laurent.

—Oh, vaya. Veo que a pesar de todo está de buen humor —apuntó entre risas el hombre mientras esgrimía la aguja.

La muchacha le tendió la copa y la ayudó a beber.

—¿Por qué dices eso? —le preguntó la mujer con el ceño fruncido.

Bebió un pequeño sorbo que descendió hasta su estómago. Una quemazón semejante a la de la herida le atravesó el cuerpo. Cuando sintió la punta de la aguja que se introducía en la carne apretó los dientes con todas sus fuerzas. Sudaba copiosamente y tenía varios mechones de color castaño adheridos a la frente.

—Límpiale el sudor —le indicó a la muchacha que, de inmediato, tomó un trozo de lino seco y se lo pasó por la frente con suavidad.

—Dale más coñac —sugirió el improvisado doctor y, mirando a la paciente de reojo, agregó—: le aconsejo que apure la copa de un solo trago. Lo va a necesitar.

—¿Quieres emborracharme? —le preguntó la señora con una mirada no exenta de picardía.

—No le vendría mal en el estado en que se encuentra —le respondió él con una sonrisa irónica.

Tomó la copa que le tendía su hija. Siguió consejo de Brochard y la vació de un solo golpe.

Cuando estuvo seguro de que el licor ya había bajado por el cuerpo de la dama, Brochard siguió cosiendo la herida a toda prisa. Mientras sentía que la aguja la traspasaba la mujer cerró los ojos y apretó las manos hasta que los nudillos palidieron.

Una vez concluido el trabajo, respiró aliviado. La contempló y sonrió complacido. La encontró relajada, con los ojos cerrados y con la cabeza apoyada hacia atrás en el sofá de terciopelo azul.

—¿Se ha desmayado? —le preguntó la joven a Brochard.

La dama se apresuró a sacudir la cabeza en señal negativa para despejar el temor de la muchacha y permaneció en esa posición intentando relajarse para mitigar el dolor que la herida le producía. Tras unos momentos abrió los ojos y los posó en los de su hija tratando de sonreír.

—¿Qué ha pasado, madre? —inquirió mientras se sentaba en una silla frente a ella.

Brochard se encargó de despedir al resto del servicio.

Cuando regresó al lado de ambas deseoso de escuchar la narración de lo sucedido la oyó decir:

—Como dije, me estaban esperando. Recién los vi cuando ya los tenía encima.

—¿Te reconocieron? —le preguntó alterada.

—No. Estoy segura.

—Pero ¿cómo?

—Estaban a cierta distancia; detrás del carruaje que me disponía a asaltar —dijo entre dientes—. Cuando lo detuve me rodearon. Lancé un disparo al aire, pero uno de ellos no parecía estar dispuesto a dejarme escapar. El caballo se encabritó y caí al suelo. No tuve más remedio que defenderme con la espada. Logré herir a dos y matar a un tercero, pero el último... —Una punzada de dolor la obligó a interrumpir la narración—. Era bastante hábil con la espada como ven por los resultados. En un primer momento pensé que solo me había rasgado la camisa y seguí peleando hasta desarmarlo. Cuando reaccioné, el carruaje se había mar-

chado. Subí al caballo y galopé hasta aquí. No noté que estaba herida hasta que comencé a sentirme débil. Me palpé el costado y mi mano quedó teñida de rojo. Ofrecen dos mil monedas de plata por mí. Viva o muerta —concluyó con gesto irónico mirando a la joven.

—Necesita reponerse, señora, tendría que...

—Lo sé, Brochard —lo interrumpió agitando la mano en el aire como si quisiera restarle importancia a lo que el hombre estaba por decir—. La Dama de Corazones debe desaparecer por un tiempo. Pero, si lo hago, ¿quién ayudará a los que más me necesitan? —le preguntó con los ojos entrecerrados y una mirada de preocupación.

—Yo lo haré —dijo la joven decidida mientras fijaba la mirada en el gesto de incredulidad que reflejaba el rostro de su madre—. Sí, no me mires así, madre. Yo me encargaré de tu trabajo.

—¿Tú? ¿Es una broma? —le preguntó con un gesto irónico que desapreció en cuanto el semblante de la joven le indicó que hablaba en serio—. Estás loca. No tienes ni idea de lo peligroso que es —afirmó aludiendo a la herida.

—Pero tú lo haces, y esa gente necesita que la ayudemos. No podemos abandonarlos ahora.

—Su hija tiene razón —asintió Brochard mientras formaba, con las cejas, un arco.

—¡Pero es una locura! —protestó la señora incorporándose en el sillón, aunque hubo de remitir en su intento al sentir un pinchazo en la herida. Los miró sin terminar de creer lo que escuchaba.

—No estás en condiciones de salir a los caminos, madre —insistió para mostrarle que era lo mejor.

La mujer cerró los ojos y se recostó contra el respaldo del sillón. Brochard y la muchacha aguardaban expectantes. Sacudió la cabeza como si no pudiera dar crédito a lo que escuchaba. ¿Acaso se estaba haciendo vieja? Sonrió descorazonada por este pensamiento. ¿Debería dejarle el sitio a su única hija? Sintió temor al pensar en que algo pudiera sucederle. Nunca se lo perdonaría. Pero el peso de la evidencia era mayor que sus deseos de protegerla.

—Tal vez haya llegado la hora de que me sustituyas —comenzó a decir en voz baja mientras sonreía con desgano y posaba los ojos en el vacío—. Me estoy haciendo mayor y no quiero reconocerlo. Hoy casi me matan —dijo lanzando un leve suspiro.

Luego volvió la mirada hacia la joven y, al tiempo que el pulso se le aceleraba, agregó:

—Te advierto que sustituirme no será fácil —dijo con tono y semblante serios—. Debes prometerme que tendrás cuidado —agregó entrelazando las manos en las de ella y dulcificando el gesto y la voz.

—Lo prometo —respondió la muchacha que sentía que el pecho se le henchía de felicidad.

Por fin podría ayudar a los más necesitados. Siempre se había sentido orgullosa de lo que hacía su madre y soñaba con el día en que le tocaría reemplazarla, tal como ella había hecho con su abuela. Se trataba de una tradición familiar que se remontaba a varias generaciones.

—Antes de empezar debes prepararte. No en vano...— comenzó a decir la mujer con gesto serio para hacerle ver que no era un juego de niños o de aficionados.

—Ya lo sé. Y ya lo he hecho, ¿verdad Brochard? —la interrumpió dirigiendo la mirada hacia él.

—¿Has estado preparando a mi hija a escondidas? —le preguntó con la voz alzada como un trueno y chispas de rabia que le salían por los ojos.

—Cálmese, señora, se le abrirá la herida —repuso con tranquilidad, porque conocía los arranques de furia de la señora.

—¡Poco me importa la herida! ¿Le has estado enseñando esgrima a mi hija? —le preguntó mientras sentía que las fuerzas la abandonaban.

Tuvo que rendirse ante la evidencia. El silencio de Brochard fue respuesta suficiente.

—¡De manera que han estado conspirando a mis espaldas! —exclamó cuando finalmente encontró la palabra apropiada para describir la alianza secreta entre ambos.

—Yo no diría que fue una conspiración —intervino la muchacha para quitarle peso al asunto.

—¿No? —protestó indignada su madre.

—Sabías perfectamente que algún día tendría que ocupar tu lugar tal como tú lo hiciste cuando mi bisabuela te contó el secreto de las mujeres de esta familia. ¿Por qué demonios te enfadas?

—Cuida tu lengua, muchacha. No estás en una taberna —la reprendió—. ¿Olvidas que pese a todo eres una señorita?

—¿Para qué me sirve ser una señorita si no voy a casarme nunca? —le preguntó airada por los comentarios de su madre.

—Eso es precisamente lo que quiero que hagas. Que te cases y te olvides de la tradición familiar.

—¿Acaso lo hiciste tú? —la retó con la mirada.

La mujer se quedó callada ante aquella acusación. Sabía que la muchacha tenía razón. Ella también había asumido el papel de salvadora en lugar de buscar un marido que presentar a la sociedad como tal. Un marido era una cosa; un compañero otra muy distinta: Brochard era el único hombre que había conocido en su vida.

—Hija, escúchame —comenzó a decirle mientras le acariciaba las manos suavemente— Busca un marido y cástate. Forma una familia y olvida la tradición familiar.

—No he encontrado a ningún pretendiente que me satisfaga —dijo sin más, mientras Brochard trataba de ocultar su sonrisa.

—Eso es porque no te has molestado en hacerlo. ¡Si hace más de un mes que no apareces en ninguna recepción, baile o fiesta! —exclamó. Le soltó las manos y se incorporó una vez más pese a la herida—. Ni siquiera asististe al nombramiento del cardenal Richelieu como presidente del Consejo Privado de su majestad el rey Luis XIII.

—Esas recepciones son muy aburridas —le dijo con un mohín de labios y con los brazos cruzados sobre el pecho—. Y el cardenal no me agrada en lo más mínimo.

—En eso estamos de acuerdo, pero a esos eventos también asisten caballeros de la nobleza de Francia —insistió para hacerla cambiar de opinión.

La muchacha se quedó cavilando por unos segundos. Su madre pensó que consideraba lo que acababa de decirle y que abandonaría la idea de convertirse en la nueva Dama de Corazones.

—De acuerdo —dijo para alegría de su madre—. Iré a los bailes y a las recepciones de la nobleza y buscaré un marido.

—¿De verdad? —preguntó incrédula—. ¿Te casarás y te olvidarás de...?

—Tal vez me case, tal vez no. Pero no pienso olvidarme de la tradición de las mujeres de esta familia —le dijo con gesto resuelto y decidido.

La dama se dejó caer de nuevo sobre el sofá rendida ante la evidencia de que no lograría hacerla cambiar de parecer. Desvió la mirada hacia Brochard, quien se encogió de hombros sin saber qué decir.

—Además, ¿qué mejor lugar que en esas fiestas y bailes para obtener información sobre los progresos que hacen para atrapar a la Dama de Corazones? —preguntó divertida, para angustia de su madre.

—¿La oyes? —le dijo a Brochard, quien le devolvió la mirada y asintió con una leve sonrisa dibujada en el rostro.

—¿Cuándo empiezo? —les preguntó con los ojos centelleando de emoción por la adrenalina que le causaba estar a punto de convertirse en el personaje más buscado de Francia.

—Mañana te explicaré todo lo que debes saber, Geneviève. Ahora ve a descansar —le respondió su madre resolplando por el cansancio y la debilidad que le generaba la herida—. Ya es muy tarde. ¿Y el caballo? —le preguntó a Brochard.

—A salvo en la cuadra. Louis se encargó de él.

La muchacha sonrió complacida y le guiñó un ojo a Brochard antes de volverse sobre sus talones y desaparecer. Cuando se quedaron a solas la dama miró fijamente a su hombre de confianza.

—No te preocupes, Anne; ella será una digna sustituta.

—Eso no lo dudo, aunque me gustaría que no ocupara mi lugar —se quejó amargamente—. ¿La cuidarás si algo llegara a pasarme?

—Por supuesto, como he hecho contigo durante todos estos años. Sabes lo que siento por ella —le confesó con una sonrisa de complicidad.